

Jamás se mostró tan triunfante el idealismo israelita como en aquel momento terrible, cuando parecía cerrado todo el porvenir. Precisamente entonces fue cuando aquella raza fundó la religión de la fe y de la esperanza. La naturaleza triste de Jeremías no le llevaba hacia estos ensueños; pero ciertos hechos demuestran que la imaginación judía supo crear paraísos en aquellos años en que la espada de Nabucodonosor parecía el único rey del mundo.

De aquella época debió de ser un profeta llamado Zacarías, adversario en ciertas cosas de Jeremías, y cuyos escritos conservamos. Era indudablemente uno de los hombres más sensatos de su época. Muy adicto a la casa de David, parecía llorar la muerte de Josías y la batalla de Megiddo. En el retrato ideal del porvenir vaticinaba simultáneamente el fin de la idolatría y el profetismo. Los abusos de los profetas provocaban una reacción. Mucha gente sensata había tomado aversión a esta profesión extraña, que ocultaba a veces mucho charlatanismo y mala fe. Las escuelas más diversas llegaban a proclamar que no tardaría la profecía en ser dominio de toda la comunidad, y no privilegio de unos pocos.

Zacarías podría ser llamado el Gran Idealista de Israel. Las personas familiarizadas con la historia religiosa no extrañarán que las primeras palabras contra el profetismo salieran de la boca de un profeta, así como las protestas contra el clericalismo de la Edad Media procedieron de sacerdotes y frailes. El grito de reforma contra los abusos del santuario, de los santuarios suele salir.

De este modo se llegaba al idealismo, al concepto de una religión nueva, en la cual serían todos sacerdotes, de una ley escrita en las conciencias individuales, que no sería necesario aprender de nadie y que cada cual encontraría en las inspiraciones de su corazón. La asombrosa amplitud de las ideas judías sobre la inspiración individual dejaba la puerta abierta a todos los cambios y a todos los progresos religiosos. El pacto del Sinaí no impedía soñar pactos más refinados, con lo cual no se creía ofender a Moisés.

El culto era aún el mayor estorbo para los celosos religiosos de Israel. Llevados a sus últimas consecuencias los razonamientos de los hombres piadosos de aquel tiempo debieron acabar con los sacrificios. Los jehovahistas puritanos aseguraron (como después los esenios) que la alabanza y la oración son el único sacrificio agradable a Jehová. Sin embargo, el templo, poco amado al principio por los hombres piadosos, había pasado a ser hacia un siglo el centro del jehovahismo, lo mismo desde el punto de vista idealista y reformador, como materialista y popular. No hay un profeta que hable de la posibilidad de suprimirlo: el único pensamiento de los *anavim*, después de la destrucción de 588, será restablecerlo. Así sucedió que la escuela más opuesta en principio al templo, se hizo fanática del templo, y la idea del culto puro en que Dios no tiene casa, creció con la casa de piedra edificada por Salomón.

Aquel mundillo levítico y profético, agrupado alrededor del templo, vivía en una actividad moral no creada seguramente por ningún otro templo de la antigüedad. Los levitas se iban convirtiendo en santos, lle-

nos de amor a Jehová. Entre ellos y los sacerdotes surgían envidias como cortesanos del mismo señor. Los sacristanes piadosos envidiaban al orgulloso sacerdocio, único que se acercaba al altar, y se consolaban pensando que los utensilios más humildes del culto llegarían a ser tan honrosos como las hermosas vasijas de oro manejadas por los sacerdotes.

El templo, al final de sus días, refugió almas piadosas que encontraron allí, en medio de las tormentas del mundo, la dicha perfecta. Los hombres de corazón recto, que sabían adorar a Jehová, no tenían nada que temer.